

Dulce nido y patria dulce,  
Como postrimera vista.  
Ya contempla de las cumbres  
Nevadas las altas cimas,  
Ya los pedregosos montes  
Que desparciendo se iban,  
Ya los agradables puertos  
Que denuncian su ruina;  
Mas de vacilar cansado,  
Por sus miembros se esparcia  
Un regalado licor  
Que suspendió su fatiga;  
Y en aquesta coyuntura  
La eburnea puerta se abría,  
Por donde los sueños vanos  
Salen, y sombras fingidas,  
Al mundo, con apariencias  
Que lo incierto certifican.  
Los sentidos le entorpece,  
Mas luego á la fantasía  
Varias formas se le ofrecen,  
Conforme al humor que cria,  
Donde se le representa  
De Julia la horrenda vista,  
Que fué su mujer primera,  
Y de Julio amada hija,  
Cuya falta denunció  
Mil sanguinosas ruinas,  
Que de tierra le parece  
Por una boca salía  
Con visaje descompuesto,  
A quien llorosa decia:  
—Del Eliseo campo echada,  
Vine á las negras lagunas,  
Do á las furias importunas,  
Vi amenazar tu jornada.  
Vi que andaban sacudiendo  
Sus hachas sobre tu arnes:  
Preven el daño, pues ves  
Que Julia te está advirtiendo,  
Con quien mil triunfos tuviste  
Cuando te fui compañera,  
Mas ya en mi combiezo fiera,  
Mi adversa suerte consiste.  
Ya se mudó con mi ausencia  
De tu lecho la fortuna:  
Julia y Cornelia, no es una,  
Que hay notable diferencia:  
Que Cornelia condenada  
Está á derribar maridos  
De estados altos subidos,  
Julia á no quitarles nada.  
Ande asida á tu bandera  
Que César me vengará,  
Y Julia la impedirá  
Gozarte cuando lo quiera.  
Y no pienses me desvío,  
Pompeyo, de tu presencia,  
Que esta civil diferencia  
Te hará sin duda mio.—  
Desparecióse con esto  
Aquella sombra amarilla,  
De que el capitán quedó  
Lleno de melancolía:  
Y aunque con algún temor,  
Ningún ánimo le quita,  
Antes dice, que á turbar  
No bastan sombras fingidas  
Su gloria y triunfos futuros,  
Ni la carcomida invidia:  
¡Gran indicio, el no temer,  
De que el daño se avecina!  
Que casi por las señales  
Los sucesos se adivinan;  
Y gritando guerra y guerra,  
A la amiga costa arriba.

(Romancero general.— II. LOBO LASO DE LA VEGA,  
Romancero y tragedias de.)

## MUERTE DE LOS HERMANOS LABIENOS.

(De Juan de la Cueva<sup>1</sup>.)

De las tiendas de Pompeyo  
Labieno se salía,  
Armado de fuertes armas,  
Denodado y ciego de ira,  
En un revuelto caballo  
En que su camino guía  
Al campo de Julio César,  
Que del suyo está á la vista,  
Y puesto tan cerca d'él,  
Que la voz suya se oíría.  
Levantando la visera  
Paró, y en el suelo hinca  
El extremo de la lanza,  
Y el brazo en el asta fija,  
Aguardando que saliesen  
Para decir á qué iba.  
Los del contrario real  
A César del caso avisan,  
Que luego salió tras ellos  
A ver qué fuese, y envía  
Un hombre de armas, que tome  
La razon de su venida,  
Creuyendo que de Pompeyo  
Algun recaudo traía.  
Mas siéndole preguntado  
Qué era lo que quería,  
Qué aguardaba en aquel puesto,  
Que César se lo pedía,  
Si traía algun recaudo  
De Pompeyo, que lo diga.  
Labieno le responde:  
— El recaudo es causa mia;  
Y esto le dirás á César  
Que yo lo digo, y camina,  
Que tan presto irá mi voz  
Como tu mensajería:  
Que esté atento para oírme,  
Y el oído me aperciba.—  
Al punto la gruesa lanza  
Terció, y la rienda cogida,  
Se fué llegando mas cerca,  
Diciendo así, en voz subida:  
— César, yo só un escudero  
Que sigo la compañía  
De Pompeyo, y haré bueno  
A cuantos siguen tu insinia,  
Que eres traidor á tu patria,  
Y que tú la tiranizas;  
Y si hay entre los tuyos  
Quien esto me cantradiga,  
Y si uno solo no osare,  
Salgan dos á la conquista;  
Y si no dos, salgan cuatro,  
Que yo les haré que digan  
Todo lo que tengo dicho,  
O les quitaré las vidas:  
Que en testimonio del hecho  
Esta lanza, esta loriga,  
Este brazo y esta espada  
Lo que digo retifican;  
Y porque el temor os deje,  
Y vengais con osadía,  
Traed vuestras armas todos,  
Traed cuantas mejorias  
Quisiéredes; cubrios de acero,  
Que yo pelearé en camisa;  
Que no he menester mas armas,  
Con qu'esta espada me sirva.—  
Dando fin á esta razon,  
Levantó su frente altiva,  
Mirando á todos, y César  
Dice: — ¡Bien se demasía!  
Romanos, aquel romano!  
¡Grandes cosas prometia!

¡Grandes partidos nos hace!  
Y no sé en lo que se fia,  
Que contra tanta nobleza  
Use de tanta osadía,  
Temerario es y arrogante,  
No le incita valentía,  
Porque muchos acometen,  
Y agnardan de cobardía,  
Cual este, que puesto en campo  
Por tal modo desafia,  
Que es ofender nuestra gloria,  
Que aguarde, y aun que ya viva.—  
Esto dijo Julio César,  
Y Neo Labieno hinca  
Ambas rodillas ante él,  
Dándole á entender que iba,  
Con su licencia, al combate  
Qu'el romano les pedía.  
Vase derecho á su tienda,  
Orgullosa y ciego de ira:  
Echase encima las armas,  
Y á su caballo la silla:  
Sube en él, toma una lanza  
Que una antena parecía;  
Sale vibrándola apriesa,  
Con destreza y gallardía,  
Juntando los dos extremos  
Cada vez que la movía.  
Atraviesa el campo amigo,  
Y al del contrario camina,  
Que en viéndolo, la visera  
Caló y la lanza enristra,  
Saliéndolo á recibir  
Por las pisadas qu'él iba;  
Y en emparejando entrambos,  
Largan las riendas y pican  
A sus caballos, y á una  
Pasaron ambas heridas,  
Sin hacerse ningun daño,  
Ni ser las lanzas rompidas.  
Revolvieron los caballos,  
Y uno de otro se desvian  
Presto, y pónense en ristre  
Ambos, que en coraje arduan.  
Vuelven fieros á encontrarse,  
Y ambos fuera de las sillas  
Cayeron, y el de Pompeyo  
Vivo, y el otro sin vida,  
Pasado de parte á parte;  
Que por la mortal herida  
Una gran brazza de asta  
A las espaldas tenia,  
Que para poder sacársela,  
En el pecho el pié se afirma,  
Y con fuerza tira d'ella,  
Y sacársela teñida  
En sangre, qu'el jóven muerto,  
Viendo al matador respira.  
Quiere, para que se entienda  
Su victoria, aunque bien vista,  
Despojallo, y así el yelmo  
Le desuelaza y le quita,  
Y como le vido el rostro  
Descubierto al claro día,  
Pareciéndole á su hermano,  
Pierde el color, y no atina  
A nada, vuelve y revuelve,  
Torna á revolvello y mira,  
Y conoce qu'es su hermano  
El de quien es homicida.  
Pierde el vigor, y la sangre  
En las venas se le enfría;  
Abrázase con el muerto,  
Y con él gime y suspira;  
Prueba á hablalle, y no puede,  
Qu'el dolor le tiene asida  
La lengua, y suplen los ojos  
Con el agua que destilan.  
Al fin, como puede, esfuerza

La débil voz descaecida,  
Y al muerto hermano le dice  
Con voz que oílo lastima:  
— ¡Ay hermano Labieno!  
Si es bien que hermano te diga,  
¡Quién con riguroso brazo  
Cortó así tu edad florida?  
Mas yo te satisfaré,  
Porque no es razon que viva  
El que á ti te dió la muerte,  
Ni cause el vencerte invidia.—  
Sin hablar mas, el difunto  
Hermano se carga encima,  
Y con él, dando gemidos,  
Para su tienda camina.  
Adereza el sacrificio  
La funebre Libitina;  
Hácele al uso romano  
De leña una abierta pira,  
En que puesto el frio cuerpo,  
Ungido todo con mirra,  
Da fuego al cipres funesto,  
Y arde en él la llama esquiva.  
A este punto el vivo hermano  
Viendo al muerto, que ya ardia,  
Arrebatado de pena,  
Puesta en él la fiera vista,  
Desnuda la fuerte espada,  
La punta volviendo arriba,  
Diciendo: — Aguárdame, hermano,  
Y tendréte compañía;  
Que razon justa es que muera  
Quien de tí ha sido homicida.  
¡Oh cruel! ¡Oh fiero brazo!  
¡Oh dañosa suerte mia!  
De qué sirvió mi victoria,  
Si me ha de costar la vida?  
¡Oh civiles disensiones,  
Del cielo seais malditas,  
Que así apocais la nobleza  
De Hesperia con vuestras iras!—  
Con esta postrer razon,  
En la punta el pecho afirma:  
Dejóse caer sobre ella,  
Y muerto cayó en la pira.

(CUEVA, Coro Febeo.)

<sup>1</sup> En este romance se olvida el poeta demasiado de las costumbres romanas, y las trasforma en las caballerescas de la edad media y feudal.

## BATALLA DE FARSALIA.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Juntas de Pompeyo y Julio  
En los farsálicos campos  
Las gruesas haces se hallan,  
Después de haber retirado  
Con sangriento proceder  
Pompeo al fiero contrario,  
Cuyo alcance no siguió,  
Teniendo en poco asolarlo,  
De que mil veces se halla  
Arrepentido y culpado;  
Que nunca del enemigo  
Se ha de hacer poco caso.  
Quedó de refriega tal  
Julio con notable daño;  
Pero con gran diligencia  
Vuelve á rehacer su campo,  
Aguardando á su enemigo,  
Que iba, aunque tarde, en su rastro,  
Tras la perdida ocasion,  
Que jamas vuelve á las manos.  
Nunca el sol con tal pereza  
Del oceáno palacio



Sacó su dorada frente,  
Ni con color mas turbado,  
Excusándose de ver  
La batalla en que iba tanto,  
Y de dar luz si pudiera  
En el ancho campo Emáteo  
Adonde Julio presenta  
La batalla á su contrario,  
Mas sangrienta y mas reñida  
Que desde entonces se ha dado.  
Trábase con tal rigor  
Del uno y del otro bando,  
Que gimió el suelo oprimido  
De tantas plantas hollado.  
Cubren la region del aire  
De astas espesos nublados,  
Impidiendo los efectos  
Del sol perezoso y tardo.  
Dos selvas de gruesas picas  
Van á un tiempo derribando,  
Bien cual inhiestas espigas  
En el espejado campo.  
Cuando forzádas se humillan  
Al rigor del viento vario,  
Que por una y otra parte  
Viene bullicioso y bravo.  
El coraje crece, y crece  
De ambas partes el estrago,  
Socorriendo la esperanza  
A lo mas caído y llaco.  
Nadie se rinde al temor,  
Antes el menor soldado  
Piensa que el fin vitorioso  
Cometido está á su brazo.  
Un solo dedo de tierra  
Es mas que la vida caro,  
En cuya prueba de sangre  
Se muestran copiosos lagos.  
Unos la del caro padre,  
Otros del hijo y hermano  
La derraman sin piedad  
En aquel civil estrago.  
Dudosa está la ventaja,  
A la mira están los hados;  
Pero al fin ha de ser de uno  
La caída, afrenta y daño.  
A cabo de larga pieza  
Fué Pompeyo mejorado,  
Mas como es cosa ordinaria  
Durar poco el buen estado,  
Y acerca de la fortuna  
No haber ninguno exceptado,  
Dió en un instante un vaiven  
Y á la suerte dió un barajo,  
Sacándole al vencedor  
La vitoria de la mano,  
La da á Julio, porque quede  
Para su tiempo obligado.

(Romancero general.—II. LOBO LASO DE LA VEGA,  
Romancero y tragedias de.)

561.

POR NO RECIBIR LA VIDA DE SUS ENEMIGOS, SE MATÁ GRANIO  
PETRONIO.

(De Juan de la Cueva.)

Destruído el gran Pompeyo  
En la rota de Farsalia  
Por el vitorioso César,  
Que triunfó de la batalla,  
Escipion, viendo á su yerno  
Pompeyo en tan gran desgracia,  
Y á su miserable gente  
O muerta, ó desbaratada,  
Triste de aquesta fortuna,  
A Pompeyo tan contraria,  
Envidioso y lleno de ira  
En el mar varó su armada,

Y con firme presupuesto  
Que la rota sea vengada.  
Yendo con este disimio,  
Una nave fué encontrada  
Llena de cesarianos,  
Y de Granio administrada;  
La cual vista, á ella arremete,  
Y ella tambien hace cara.  
Comiézanse á combatir  
Con furia desenfrenada,  
Codiciando unos y otros  
La vitoria señalada,  
Dando y recibiendo muertes  
De una y de otra banda.  
Escipion, viendo el orgullo  
Con que era menospreciada  
Toda su potencia y fuerza,  
Y su desigual ventaja,  
Arremete con su nave,  
Y de las demas cercada  
La nave que era de César,  
Y así de César llamada,  
Entranle por fuerza de armas,  
Rindenla en cruda batalla;  
Aunque muchos fueron muertos,  
Los que vivos quedan atan.  
Llévanlos á Escipion  
En la cadena en que estaban:  
Conoció entre ellos á Granio,  
Que era persona estimada;  
Mandó que lo desatasen,  
Y de esta manera le habla:  
— Granio, ya ves tu prision,  
Y tu fortuna trocada;  
Ya te ves en mi poder,  
Donde César puede nada.  
No te alijas ni entristezcas,  
Ni tu alma esté turbada,  
Que condolido de ti,  
De mí la vida te es dada.  
Quiero que por mí te sea  
Esta merced otorgada,  
Y cuando llegues á César,  
De tí le sea contada.—  
Granio Petronio escuchando  
Razon tan desordenada,  
Conforme lo que su pecho  
En este caso demanda,  
Le responde: — Escipion,  
¿Entiendes que estimo en nada  
Ésa merced que me haces,  
Por tí de grande juzgada?  
Pues entiendo que aunque es grande,  
Es de mí menospreciada,  
Porque la gente de César  
A dar está acostumbrada  
Vidas, y á dar libertades,  
Y no á verse perdonada;  
Por lo cual, ó Escipion,  
No es tu merced acetada;  
Ni la quiero, ni la otorgo,  
Ni de mí será estimada,  
Porque yo de aquesta suerte  
Tendré vida mas honrada.—  
Esto diciendo, furioso  
La mano y brazo levanta;  
Con un agudo puñal  
Su pecho invencible pasa;  
Saca el hierro envuelto en sangre,  
Torna á darse nueva llaga;  
Cae Granio muerto en tierra,  
Del cuerpo ya libre el alma,  
Estimando por mas gloria,  
Que vivir vida afrentada,  
Tomar él mesmo la muerte,  
Que serle la vida dada.  
Pues muriendo así, adquiria  
Que fuese eterna su fama.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

562.

MUERTE DE POMPEYO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Ya desampara Pompeyo  
La farsálica campaña,  
Dejando de capitán  
Las insignias respetadas,  
Que la neutral diferencia  
Por Julio ve declarada,  
Do su vaiven ordinario  
Dió la fortuna voltaria.  
Porque de tan altas glorias  
No le quede á deber nada,  
En una hora cobra d'él  
Lo que le dió en mil batallas,  
Obscureciendo los triunfos  
Que adquirió en edad temprana,  
Cuando en Roma entró con ellos  
De las contiendas con Hiarbas.  
No la echa la culpa toda,  
Pues le dió con mano franca  
Al principio la vitoria,  
Conocida y no estimada.  
Perdió la ocasion Pompeyo,  
Y vino á perder la causa,  
Que sabe poco de burlas,  
Y vuelve luego la cara.  
Culpa el capitán caído  
Su imprudencia temeraria,  
Llorando, cuando es sin fruto,  
Que es la cosa mas amarga.  
Llega á la isla de Lesbos,  
Gloriosa depositaria  
De su querida Cornelia,  
En una nao desarmada,  
A quien con fogosa priesa  
Y duro lamento embarca,  
Llorosa de la caída  
Con que los dioses le agravian.  
No le parece á Pompeyo  
Que es Lesbos segura estancia;  
Que siempre el que va huyendo  
Flaqueza en lo fuerte halla:  
Efectos de vil temor  
No hallar segura morada!  
Al fin tras varios acuerdos  
Manda para Egipto partan,  
Do reinaba Tolomeo,  
Con quien tuvo amistad cara;  
Mas como siempre el caído  
Quien le ayude á caer halla,  
Y el mas estimado amigo  
Suele ser cosa ordinaria  
Faltar en los infortunios,  
Ya que en los gustos no falta,  
Hizo el fraudulento rey  
Con amistad simulada  
Dar á Pompeyo la muerte,  
Yendo á tierra en una barca.  
Cuya sangrienta cabeza  
Con sus venerables canas  
A Julio César presenta,  
Cuya amistad deseaba;  
Que vino tras él á Egipto,  
Con su poderosa armada,  
Siguiendo de su fortuna  
La faz apacible y mansa.  
Rehusó Julio de ver  
La cabeza, que en el alma  
Siente el misero sucesor,  
Y como tal le lloraba,  
Considerando los triunfos  
Que d'él contaba la fama,  
Y que nunca la fortuna  
Hasta allí le fué contraria;  
La cual con un golpe solo  
Se desquitó, y d'él se paga,

Y que hoy le quita á Pompeyo  
Lo que á Julio hará mañana.

(Romancero general.—II. LOBO LASO DE LA VEGA,  
Romancero y tragedias de.)

563.

AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Perdido el magno Pompeyo  
Por la fortuna contraria,  
Viéndose ya sin remedio,  
Volvió á César las espaldas,  
Y fuése donde Cornelia  
Diferente vuelta aguarda;  
La cual como así lo vido,  
Sin entender otra causa  
Mas que en verlo venir solo,  
Se le heló en el cuerpo el alma,  
Y aunque con tan poco esfuerzo  
Los castos brazos le enlaza  
Al cuello, que ya oprimido  
Va á la muerte, que lo llama;  
Y así parte para Egipto  
El defensor de su patria,  
Y con su mujer y gente  
En una nave se embarca  
Creyendo que su peligro  
Consistia en la tardanza,  
Como aquel que no sabia  
Lo qu'el hado le ordenaba,  
Que lo libraba de un fuego  
Para echarlo en mayor llama.  
Fuéle favorable el viento;  
Llegó á Egipto, y su llegada,  
Antes que desembarcase,  
Fué á Tolomeo avisada,  
Demandándole licencia  
Para verlo, y libre entrada.  
Oyó Tolomeo el recaudo,  
Y lo que por él demanda  
El miserable Pompeyo,  
Por quien él el reino manda.  
Hizo juntar su consejo  
Tolomeo, al cual declara  
La causa, y pide su acuerdo  
Sobre el caso que les trata.  
Fotimo, que con el Rey  
Alcanzaba mas privanza,  
Dijo que su parecer  
Era negalle la entrada;  
Porque viniendo vencido  
Y huyendo de Farsalia,  
No era bueno para amigo  
Qu'el necesitado cansa.  
Ótro en contra d'este acuerdo,  
Dió otro acuerdo, que se aparta  
Del que Fotimo habia dado,  
Diciendo ser justa causa  
Ser Pompeyo recibido  
Con mucha amistad y gracia  
Del Rey, y qu'el mismo Rey  
Le hospedase en su real casa,  
Atento á que fué Pompeyo  
El que á su padre dió llana,  
La real silla de Egipto,  
Que se la tenian quitada;  
Y pues que venia á ampararse  
En su fortuna inhumana  
D'ellos, que lo recibiesen  
Sin mirar su suerte mala;  
Que fortuna quita bienes,  
Y fortuna los restaura,  
Y al que hoy le tiene en bajeza,  
Mañana á rey lo levanta.—  
Aquilas, que estaba oyendo,  
Al que dió este voto ataja



Su razon, y dice al Rey  
 Con voz arrogante y alta :  
 — Todos dan sus pareceres,  
 Y al cabo no dicen nada,  
 Porque lo que mas te cumple  
 Es que le sea quitada  
 La cabeza, y se la envies  
 A César, en presentalla,  
 Que al fin viene vencedor,  
 Y esotro muerto, se acaba,  
 Y leon muerto no muerde,  
 Ni hombre muerto no daña.  
 Sigamos los vencedores,  
 Y a César se satisfaga  
 Con matalle al enemigo  
 Que á su voluntad contrasta. —  
 A muchos pareció bien,  
 Y muchos lo reprobaban,  
 Y entre unos y otros acuerdos,  
 Sin remitillo á otra sala,  
 El Rey y los demas votos  
 Confirmaron que se haga,  
 Y el cargo dieron á Aquilas  
 De tan inhumana hazaña;  
 Que para ponella en obra,  
 En un esquite se embarcan  
 Con él Septimio y Fotimo,  
 Y otra gente d'esta traza.  
 Pompeyo, viendo el batel  
 Ya que á ellos se acercaba  
 A bordo de su navio  
 El y Cornelia se paran,  
 Que luego que los vió Aquilas,  
 Con mejor semblante que alma  
 Le dijo : — El rey Tolomeo,  
 Respondiendo á tu demanda,  
 Dice qu'él te da licencia  
 Y otorga segura entrada,  
 Y me envia á mí, que he sido  
 Tu soldado, á esta embajada,  
 Para que vayas conmigo  
 Donde con deseo te aguarda. —  
 El gran defensor de Roma  
 Creyó la embajada falsa  
 De Aquilas, y la ida apresta  
 Do la voz fatal lo llama.  
 Cornelia, viendo á Pompeyo  
 Resuelto en ir, d'él se abraza ;  
 No pareciéndole bien  
 Tal ida, el ir le estorbaba ;  
 Poniéndosele delante  
 El camino le ocupaba.  
 No pudo el piadoso ruego  
 Con él, de la mujer cara  
 Que ya no podia de sí,  
 Que lo llamaba la Parca  
 A morir, que ya tenia  
 La hebra al filo apegada ;  
 Y despedido de todos,  
 Del navio al batel salta.  
 Cornelia iba á entrar con él,  
 Y el batel al mar se alarga,  
 Llevándose al gran Pompeyo  
 Solo, la injusta compañía.  
 Luego que en el mar lo tuvo,  
 Aquilas sacó la espada,  
 Y sin mirar que Pompeyo  
 Era aquel que ante él estaba,  
 A la vista de Cornelia,  
 Que vertiendo estaba lágrimas,  
 Fué cortada la cabeza  
 Que lo fué en Roma y España,  
 Y al mar arrojado el cuerpo,  
 Y la cabeza llevada  
 Al tirano Tolomeo,  
 Que para César la guarda.  
 Cornelia, cuando vió tal,  
 Al cielo la voz levanta ;  
 Llama injusto al justo cielo,

Y á la fortuna, inhumana ;  
 Sin piedad, á los piadosos  
 Dioses, porque ven y callan  
 La maldad de Tolomeo,  
 Sin tomar justa venganza.  
 Ve el cuerpo del caro esposo  
 Entre las sangrientas aguas,  
 Que lo andaban impeliendo  
 De la una á la otra banda :  
 Quiérese arrojar al mar,  
 A ver si podrá su alma  
 En el cuerpo de Pompeyo  
 Entrar, donde siempre estaba :  
 Impidienle tal intento  
 Por fuerza ; cae desmayada,  
 Y todos en torno d'ella  
 En el llanto la acompañan.  
 Los marineros temiendo  
 Nuevo daño, entre ellos tratan  
 Que por salvar á Cornelia  
 Huyan de la tierra ingrata ;  
 Y así al punto aprestan velas,  
 Pican cables, dejan anclas ;  
 Vuelve al mar la nao la proa,  
 Deja el puerto, y d'él se aparta :  
 En su presente peligro  
 Haciendo mas confianza  
 Que del Rey, del mar instable,  
 Del viento y de su inconstancia.  
 A este punto la fria noche,  
 Tendiendo sus negras alas  
 Sobre la tierra, cubria  
 Lo que muestra la luz clara  
 De la lámpara febea,  
 Que la oscuridad aparta.  
 Codro, á quien el duro caso  
 Con riguridad maltrata,  
 Viendo á su señor Pompeyo  
 En la bajeza en que estaba,  
 Acordándose del bien  
 Que poseyó por su causa,  
 Determina que no sea  
 Pasto de aves ni animalias,  
 Y así en el surto silencio  
 De la noche, á quien aguarda  
 Rodeado de su sombra,  
 Sale solo de su casa :  
 Va corriendo á la marina,  
 Temeroso y lleno de ansias ;  
 Mas aquí venció al temor  
 La piedad que su alma abraza.  
 Busca el cuerpo de Pompeyo  
 Entre arena y espadañas ;  
 No le halla, que anda á tienta,  
 Que Cintia triste y turbada  
 Daba por entre las nubes  
 Espesas, su luz escasa.  
 Andando en esta fatiga,  
 Sobre el mar vido que andaba  
 Un bulto, á quien el reflujó  
 Del mar fuera y dentro echaba,  
 Y dando con él en tierra,  
 Lo volvía la resaca.  
 Advirtió y vió qu'era el cuerpo  
 De Pompeyo, que buscaba ;  
 Púsose junto á la orilla,  
 Y que pase el golpe aguarda,  
 Y en tocando el cuerpo en tierra,  
 Antes que vuelva le abraza,  
 Y tirando d'él afuera  
 Del golpe del mar lo aparta,  
 Y sobre sus flacos hombros  
 Al grande Pompeyo carga.  
 Desviándolo del mar  
 Poco trecho, con él pára,  
 Para dar el cuerpo muerto  
 A la codiciosa llama ;  
 Y poniéndolo en el suelo,  
 Mirando la fiera llaga,

Dando encendidos suspiros,  
 Con sus lágrimas la baña.  
 Maldiciendo á la fortuna  
 Levantó al cielo las palmas,  
 Y así, enternecido en llanto,  
 Al muerto Pompeyo habla :  
 — No el suntuoso sepulcro,  
 Digno á tu gran nombre y fama,  
 Cubrirá tu ilustre cuerpo,  
 Pompeyo, gloria romana :  
 No los divinos olores  
 De bálsamo, amomo y ámbar,  
 De mirra, casia y encienso,  
 Despojos sacros de Arabia,  
 Cuando se queme tu cuerpo,  
 Saldrán á las nubes altas :  
 No se oirán las tristes voces  
 De tus deudos, ni las armas  
 Arrojarán tus soldados  
 Al fuego, que sean quemadas :  
 No guardará tus cenizas  
 La urna en Samo labrada,  
 De jaspe y preciado oro,  
 Con tus hazañas grabadas,  
 Donde se viera Sicilia  
 Vuelta al yugo de tu patria,  
 Reducida á fiel sosiego  
 Por tí, la inquieta Africa ;  
 El triunfo que te dió Roma  
 Por haber vencido á España ;  
 Los claros hechos de Oriente ;  
 El destruir los piratas ;  
 El vencer á Mitridates,  
 Sin otras hazañas claras,  
 De que hiciera memoria,  
 Si el tiempo no me atajara.  
 Nada d'esto será visto  
 En la urna por mí dada,  
 Porque estarán tus cenizas  
 En aquesta pobre caja,  
 No pobre cual mi deseo,  
 Mas pobre para guardallas. —  
 Esto diciendo, juntó  
 Trozos de palos y tablas  
 De los navios deshechos  
 Que en aquella costa andaban,  
 Y sobre el difunto cuerpo  
 Puestos, á la seca paja  
 Aplicó el ardiente fuego,  
 Que levantando la llama  
 Comenzó á salir el humo,  
 Y en él pavesas mezcladas,  
 Que del mar los del navio  
 Vian, sin saber la causa  
 De aquel fuego en la ribera,  
 Aunque bien lo sospechaban.  
 En tanto qu'el fuego ardia,  
 Que con suspiros le daba  
 Aliento, el lloroso Codro  
 Junto á él sentado habla :  
 — ¡ Oh tú, del magno Pompeyo  
 Dinamente ilustre alma !  
 Adonde quiera que estés  
 Esta ofrenda te sea grata :  
 Y tú, amigo, el don postrero  
 Recibe, y en paz descansa,  
 Ya que viviendo en el mundo,  
 Del cielo te fué negada ;  
 Que con esto se asegura  
 Que no ejecute su saña  
 Tu victorioso suegro,  
 A quien tu cabeza guardan,  
 Y qu'el cuerpo no se ultraje,  
 Ya que así la vida atajan. —  
 Cuando esto decía Codro,  
 Las estrellas heria el alba,  
 Y temiendo haber castigo  
 Por lo hecho, aprisa aparta  
 Las encendidas cenizas,

Y echándolas en la caja,  
 Hizo en el arena un hoyo,  
 Y en él la esconde y la tapa  
 Con el arena, y escribe  
 Encima aquesta epigrama :  
 « Aquí yace el gran Pompeyo,  
 » A quien la fortuna airada  
 » Bajó de su gran alteza,  
 » A la bajeza mas baja :  
 » Y aquel que dió tantos reinos  
 » Adquiridos con su espada,  
 » Viene á tal pobreza agora,  
 » Que aun sepultura le falta.  
 » Tú, pasajero, no pises  
 » Este suelo con tus plantas ;  
 » Mas llorando al gran Pompeyo,  
 » Huye d'esta tierra ingrata. »  
 Acabó de decir esto  
 Codro, y volvió las espaldas,  
 Porque no fuese cogido  
 O visto allí de las guardas.  
 César, lleno de despojos  
 Y gloria de la batalla,  
 Vino luego á Alejandria  
 Con su victoriosa armada,  
 Adonde el rey Tolomeo  
 Con la cabeza despacha  
 Al fiero Aquilas, que á César  
 Se le lleve en presentalla,  
 Lo cual puso en obra luego,  
 Cual el tirano le manda,  
 Y ante el gran César llegado  
 Se postra, y licencia alcanza  
 Para hablar, y así comienza,  
 Bajo el rostro y con voz mansa :  
 — El rey Tolomeo te envia,  
 Gran César, una embajada,  
 Y juntamente dos dones  
 Que te serán de importancia.  
 El uno es aqueste anillo  
 Del contrario, que en Farsalia  
 Rompiste, el cual vino aquí  
 Con su mujer y su casa,  
 Y por hacerte servicio  
 Y darte d'él la venganza,  
 Por mando de Tolomeo,  
 Por mí le fué muerte dada,  
 Y tráigote su cabeza,  
 Con que tu inquietud acaba. —  
 A este punto fué mostrando  
 La cabeza d'él cortada,  
 Y cuando César la vido,  
 Por no vella el rostro aparta,  
 Y dando un suspiro y otro  
 Los ojos llenos de agua,  
 Tomando el precioso anillo,  
 Dijo : — ¡ Oh maldad nefanda  
 Del traidor que osó emprender  
 Tan infame y cruel hazaña,  
 Y por hacerme amistad  
 Al amigo y huésped mata,  
 Quitando al Romano Imperio  
 Su capitan y su guardia ! —  
 Diciendo estas y otras cosas,  
 Tiernas lágrimas derrama,  
 Y apartándose de Aquilas,  
 Sin mas hablalle palabra  
 Ni querer miralle al rostro,  
 Mandó á los de su compañía  
 Que tomasen la cabeza,  
 Y á la costumbre romana  
 Envuelta, en muchos olores  
 Por ellos fuese quemada,  
 Con la majestad y pompa  
 Que tal principe demanda <sup>1</sup>.

(CUEVA, Coro Febeo, etc.)

<sup>1</sup> Largo y difuso romance, que, á pesar de su mal desompeño, se deja leer por el interés que inspira su asunto.



564.

## MUERTE DE CÉSAR.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Después de haber Julio César  
Entrado en Roma triunfando  
De las Galias y del Ponto,  
Del egipcio y africano,  
Y del feroz español,  
Cuanto temido, arriscado,  
De la vencedora Roma  
Los límites dilatando,  
Cansada ya la fortuna  
De serle tutora tanto,  
Y de ver las arduas cosas  
Que acomete con su amparo  
Quiere ver cómo sin él  
Menea el César las manos;  
Y porque de lo que es suyo  
Nadie se haga propietario,  
Y con lo que á él le quita  
Tener á mil obligados,  
Que sus empréstitos leves  
Aguardaban anhelando,  
Dejóle; mas presto vió  
Julio que le había dejado,  
Que luego dió en desabrirse  
Con él el pueblo romano,  
Y á darle con suelta lengua  
Nombre injusto de tirano,  
Paga que al bien recibido  
Hace continuo el ingrato  
Do pocas veces se ve  
Bien hecho sin este pago.  
Amigo de novedades  
El pueblo desvergonzado,  
Sin considerar de Julio  
Los beneficios tan altos,  
Y el aumento y ser que dió  
Al Imperio por su mano,  
En su daño se conjuran  
Setenta y mas ciudadanos;  
Fuéron d'estos las cabezas  
Bruto, Decio y Cayo Casio.  
Fué el César de un adivino  
Con grande instancia avisado,  
Diciendo que mil agüeros  
Se le mostraban contrarios,  
Y que mirase por sí  
Aquel año el mes de marzo.  
Mas como difícilmente  
Se contraste el duro hado,  
Y á lo que el cielo dispone  
No basta saber humano,  
Descuidóse, como suele  
El que ha de ser castigado,  
Fué sin advertir el César,  
Divertido en casos árdulos,  
Al Senado, do le embisten  
Los setenta conjurados,  
A cuyas armas rindió  
El espíritu indignado,  
Conociendo de fortuna  
Aunque tarde, el desengaño.

(Romancero general. — It. LOBO LASO DE LA VEGA,  
Romancero y tragedias de.)

565.

## MUERTE DE CICERON.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

En la alborotada Roma  
Un sordo rumor se oía,  
Bien como cuando en las sierras  
Los pinos el cierzo humilla,  
Y con proceder violento

Abate al tronco la cimit.  
En varias partes haciendo  
Mil disonancias distintas.  
Así en confusos montones  
Por las calles discurría  
La gente en tropel discorde,  
De quien nada se entendía,  
Sin haber autor, temiendo  
El daño que se fingía  
En su pecho cada cual,  
Cosa que el temor confirma;  
Y no solo el vulgo rudo  
Teme, que también temían  
Cónsules y senadores  
Alguna común ruina.  
Desampararon el Senado  
Y las respetadas sillas,  
Soltando las riendas todos  
A su perpleja huida.  
En sus propias casas temen  
Que es do los flacos se animan;  
Detras de sus muros tiemblan,  
Y entre sus murallas mismas.  
Van á la plaza, do ven,  
Cosa que á todos lastima,  
La mano de Ciceron  
De su tronco dividida,  
Y la cabeza también,  
Que lo fué del mundo en vida,  
Así en gobernarle todo  
Como en loable doctrina.  
Miran la elocente lengua  
Ya sin vigor muda y fria,  
A quien con aplauso grato  
Como Apolo el mundo oía,  
No les pareciendo ciencia  
La que d'ella no salía,  
Y en las venerables canas  
De cuajada sangre tintas,  
Que en el romano Senado  
Con majestad presidian.  
No hay quien á Roma consuele  
En tan profunda desdicha:  
Todos con áspero llanto  
Su muerte en común sentían  
Culpando de Octaviano  
La rigurosa injusticia,  
Y lo mal que á Ciceron  
Pagó la amistad antigua  
Entregando á su enemigo  
Quien su causa defendía,  
Por asegurar su causa,  
Cosa en nobles no admitida  
Que nunca á cosas mal hechas  
La fama su nombre quita;  
Que como le da á las buenas,  
También las malas publica,  
Donde tanto peor suenan  
Cuanto es mas quien las practica.

(Romancero general. — It. LOBO LASO DE LA VEGA,  
Romancero y tragedias de.)

566.

## AL MISMO ASUNTO.

(De Juan de la Cueva.)

Dividido ya el Imperio  
De Roma entre Octaviano  
César, y entre Marco Antonio  
Y Lépido, fué acordado  
Que muriesen los proscritos  
Que tenían señalados;  
Que contra sus pretensiones  
Habian sido contrarios.  
Lépido dió facultad  
Que matasen á un su hermano  
Antonio, que á un tio suyo

Diese muerte Octaviano;  
Octaviano dió á Antonio  
Poder, libertad y mano  
De matar á Ciceron  
De quien estaba indignado  
Por las oraciones que hizo  
Contra él, y así dió el cargo  
De la ejecucion horrible  
A un Pompilio Benato,  
A quien Tulio dió la vida,  
Y defendió en el Senado,  
De un insulto cometido  
Por él, el cual como ingrato  
Acetó el ir á Gaeta  
Do estaba Tulio apartado,  
Por su vejez retraido  
Y por temor retirado  
De la horrible proscriccion  
De que ya estaba avisado,  
Qu'era de los contenidos,  
Y uno de los señalados.  
Y así, con estar allí  
Creía que estaba en salvo,  
No viendo que donde quiera  
Alcanza la fatal mano,  
Y que huir nadie puede  
De lo que le ordena el hado.  
Estando de aquesta suerte  
Ciceron, no descuidado  
De los contrarios qu'en Roma  
Tenia, vió agüeros malos,  
Que de su cercana muerte  
Le dieron indicio claro.  
El dia antes que muriese  
Vido un cuervo estar graznando  
Encima de su aposento,  
Y aunque procuró d'echarlo,  
No pudo, y la misma noche  
Estando d'esto espantado,  
Se le deshizo un reloj,  
Que por él interpretado  
Dijo que significaba  
Estar ya su fin cercano,  
Y que las vitales horas  
Se le iban ya acabando.  
A este punto entró Pompilio,  
Y así le dijo, en llegando:  
—Yo vengo á darte la muerte,  
Por Antonio tu contrario:  
Aparéjate á sufrilla,  
Porque será sin embargo.  
Mirándolo Ciceron,  
Le dijo: —; Dime, Benato,  
Por darte yo á ti la vida  
Me vienes á dar tal pago?  
Y al que libró tu cabeza  
Tendrás tú, es posible, ánimo  
Para quitalle la suya,  
Porque fué á la tuya amparo?  
Si no mueve el beneficio  
Que te hice, á tu ostinado  
Pecho, considera y mira  
Que nunca te hice daño,  
Y contra quien no te ofende  
Es maldad alzar el brazo.  
A pasar iba adelante  
Con su razon, y el ingrato  
Pompilio alzando la espada  
Sobre el senador romano,  
Descargó un fiero golpe  
Qu'en tierra lo ha derribado,  
Do lo cortó la cabeza  
Luego, y la derecha mano,  
Dejando al honor de Roma  
En su sangre revolcando,  
Que del sentimiento y pena  
Escondió Apolo sus rayos,  
Y hicieron sentimiento  
Los dioses y el cielo santo.

El inhumano homicida  
Con los despojos cargados  
Del gran tesoro latino,  
Gloria de Mercurio sacro,  
Entró en Roma, y los dió á Antonio,  
Que los estaba aguardando;  
Que puestos en su presencia,  
Con semblante y rostro ufano  
Los miró, no condolido  
Como humano, del humano;  
Mas con fiereza de fiera,  
Y corazon de tirano,  
Por dalle mayor deshonra  
Al que fué de Roma honrado,  
Y tenido en tanta estima,  
Y en voz conforme, llamado  
El defensor de la patria,  
Padre del pueblo romano,  
Mandó poner su cabeza  
; Oh injusta manda! en un palo  
En la plaza, por do en Roma  
Entró, en levantado carro.

(CUEVA, Coro Tebeo, etc.)

567.

## MUERTE DE MARCO ANTONIO.

(Anónimo.)

Herido está Marco Antonio  
De una muy mala herida;  
Tiénelo Cleopatra en brazos,  
Su muy amiga querida.  
Lloraba de los sus ojos  
Angustiada y allegida,  
Su lindo rostro rasgando  
S'estaba de aborrecida:  
De rato en rato sus manos  
Torcia de amortecida,  
Pero en sí despues tornada,  
Con voz alta enronquecida,  
Así exclamaba llorando:  
—; Quién os ha herido, mi vida,  
Mi emperador, mi señor,  
Mi alegría tan subida?  
; Mortal os veo, mi bien!  
; Muerte os lleva de vencida!  
; Dame un mote por consuelo,  
; Siquiera de despedida!  
Desdichado emperador,  
Desdicha hace en tí guarida.  
— Marco Antonio, en cuanto pudo  
Con voz muy baja y plañida  
Suplicó que no llorase,  
Que daba pena crecida  
Juntamente al cuerpo y alma,  
Adond'estaba esculpida;  
Y que no era desdichado  
Por ver el fin de su vida,  
Sino en el mirar sus glorias  
Y la honra establecida,  
Que la habian los romanos,  
Dichoso era sin medida;  
— Y si yo mismo, Cleopatra,  
Me he dado mortal herida,  
Es porque de los romanos  
Veo mi gente vencida;  
Y no lo tomo en vergüenza  
Ser mi vida fenecida  
Por romanos, pues romano  
Soy de fama esclarecida.  
Dame un abrazo, señora,  
Que el alma está de partida.  
Juntando boca con boca  
L'alma dió su despedida.

(Cancionero, Flor de enamorados.)